

Shirakawa Kaede yacía sumida en un profundo sueño, en ese estado de semiinconsciencia que los Kikuta logran provocar con su mirada. Pasó la noche, y con la llegada de la madrugada las estrellas palidieron y los sonidos del templo aumentaban y disminuían su intensidad; pero Kaede seguía inmóvil. No oía a Shizuka, su acompañante, quien, preocupada, la llamaba de vez en cuando con la intención de despertarla. Tampoco notaba la mano de ésta sobre su frente, ni escuchaba a los hombres del señor Arai que, impacientes, se acercaban a la veranda y recordaban a Shizuka que su amo deseaba conversar con la señora Shirakawa. La respiración de Kaede era tranquila y reposada, y los rasgos de su rostro permanecían tan imperturbables como los de una máscara.

A la caída de la tarde, el sueño de Kaede se tornó más ligero. Sus párpados comenzaron a agitarse y en sus labios se perfiló una sonrisa. Sus dedos, que horas antes habían rodeado delicadamente las palmas de sus manos, empezaban a estirarse.

“Ten paciencia. Él vendrá a buscarte”.

En su sueño, Kaede se había convertido en una figura de hielo; pero estas palabras resonaban en su mente con absoluta nitidez. No sentía miedo alguno, tan sólo notaba que algo frío y

blanco la sujetaba, y que se encontraba inmersa en un mundo mágico y helado donde reinaba el silencio.

Abrió los ojos.

Aún quedaban restos de luz. Por las sombras, Kaede dedujo que había llegado el ocaso. Una campana tañó con suavidad, una sola vez, y el aire quedó inmóvil de nuevo. Lo más probable era que ese día, que Kaede no podía recordar, hubiera sido caluroso, pues bajo su cabello la muchacha notaba la piel húmeda. Los pájaros piaban desde los aleros y se escuchaba el golpeteo de los picos de las golondrinas, que atrapaban los últimos insectos del día. Pronto viajarían hacia el sur, pues había llegado el otoño.

El sonido de las aves recordaba a Kaede el dibujo que Takeo le había entregado hacía poco más de un mes en ese mismo lugar. Se trataba del boceto de un pájaro del bosque que a ella le hacía pensar en la libertad. Cuando el castillo de Inuyama fue pasto de las llamas, el dibujo se perdió junto a las demás pertenencias de Kaede: su manto nupcial, el resto de sus ropas... No contaba con posesión alguna. Shizuka encontró algunas prendas viejas en la casa donde se habían alojado, y también pudo hacerse con algunos peines y otros objetos. Era la vivienda de un comerciante, y Kaede nunca había estado en un lugar parecido. La casa olía a soja fermentada y en ella vivían muchas personas de las que la joven intentaba apartarse, aunque de vez en cuando las criadas la espiaban a través de las mamparas.

Kaede temía que los moradores de la vivienda se enteraran de lo que había sucedido en la noche de la caída del castillo. Había matado a un hombre y había yacido con otro, junto al que luchó blandiendo el sable del difunto. No daba crédito a tales acciones. A veces la invadía la sensación de estar hechizada, como se rumoreaba. Se decía que todo hombre que la deseaba encontraba la muerte, lo que en parte respondía a la realidad. Varios ya habían muerto, pero Takeo no.

Desde que fuera asaltada por un guardia cuando residía en el castillo de los Noguchi en calidad de rehén, Kaede

temía a todos los hombres. El terror que lida le inspiraba la había llevado a defenderse de él; pero Takeo no le producía temor alguno. Tan sólo anhelaba abrazarle. Desde que se conocieron en Tsuwano, Kaede le había deseado: quería que él la acariciara, y ardía en deseos de sentir la piel de Takeo junto a la suya. Mientras recordaba aquella noche, la muchacha se daba cuenta —cada vez con mayor claridad— de que no podía casarse con nadie que no fuera él, que nunca amaría a hombre alguno, salvo a Takeo. “Seré paciente”, prometió. Pero ¿de dónde llegaban aquellas palabras?

Kaede giró un poco la cabeza y vio la silueta de Shizuka al borde de la veranda. Tras la muchacha se erguían los árboles centenarios del templo. El aire desprendía olor a cedros y a polvo, y la campana anunciaba el crepúsculo. Kaede no pronunció palabra. No deseaba hablar con nadie ni escuchar ninguna voz. Quería regresar al mundo helado de su sueño.

Entonces, tras las partículas de polvo que flotaban en los últimos rayos de sol, acertó a vislumbrar una figura. ¿Un espíritu, tal vez? No, debía de ser algo más, pues los espíritus carecen de cuerpo. Allí estaba, frente a Kaede; su presencia era real e indiscutible, y emitía el resplandor de la nieve recién caída. Kaede clavó la mirada en la figura y empezó a incorporarse; pero en el instante mismo en el que reconoció a la diosa Blanca, la compasiva, la misericordiosa, ésta se desvaneció.

—¿Qué ocurre? —Shizuka percibió el movimiento y corrió junto a Kaede.

Ésta miró a Shizuka y advirtió en sus ojos una honda preocupación. Entonces cayó en la cuenta de lo importante que esta mujer había llegado a ser para ella: era su mejor amiga; en realidad, la única que tenía.

—Nada, estaba soñando.

—¿Te sucede algo? ¿Cómo te encuentras?

—No sé. Me siento... —la voz de Kaede se fue apagando. Fijó la mirada en Shizuka durante unos instantes—. ¿Es que he dormido todo el día? ¿Qué me ha ocurrido?

—Él no debería haberlo hecho —contestó Shizuka, cuya voz delataba tanta preocupación como ira.

—¿Fue Takeo?

Shizuka asintió con la cabeza.

—No tenía ni idea de que Takeo poseyera esa habilidad. Es característica de la familia Kikuta...

—Lo último que recuerdo es su mirada. Nos miramos a los ojos y, entonces, me quedé dormida.

Shizuka observó que Kaede fruncía el entrecejo. Tras una pausa, ésta continuó:

—Se ha marchado, ¿no es así?

—Mi tío, Muto Kenji, y Kotaro, el maestro Kikuta, vinieron a buscarle anoche —respondió Shizuka.

—¿Entonces, no volveré a verle? —Kaede recordó su desesperación de la noche anterior, antes de quedar sumida en aquel sueño largo y profundo. Le había suplicado a Takeo que no la abandonase. No podía pensar en un futuro sin él, y se había sentido irritada y herida cuando Takeo la rechazó. Pero aquella agitación ya se había disipado.

—Tienes que olvidarte de él —opinó Shizuka, tomando la mano de Kaede entre las suyas y acariciándola suavemente—. De ahora en adelante, su vida y la tuya no deben encontrarse.

Kaede esbozó una ligera sonrisa. “No soy capaz de olvidarle”, pensaba. “Nadie podrá apartarle de mí. He visto a la diosa Blanca”.

Bajo la luz mortecina, Shizuka tuvo la sensación de que el rostro de Kaede flotaba y revoloteaba, como si se estuviera disolviendo y transformando.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Shizuka otra vez, con una voz que denotaba angustia—. Son pocos los que sobreviven al sueño Kikuta. No sé en qué medida te habrá afectado.

—No me ha perjudicado; pero, de alguna forma, me ha transformado. Me siento como si no supiera nada, como si tuviera que aprenderlo todo de nuevo.

Confundida, Shizuka se dejó caer de rodillas junto a Kaede y atravesó con sus pupilas el rostro de la muchacha.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Dónde irás? ¿Regresarás a Inuyama con Arai?

—Debo ir a mi casa, junto a mis padres. Tengo que ver a mi madre; temo que haya muerto durante el tiempo que pasamos en Inuyama. Mañana partiré. Supongo que tendré que informar al señor Arai sobre mi marcha.

—Comprendo tu preocupación —respondió Shizuka—, aunque puede que Arai no esté dispuesto a dejarte marchar.

—Pues tendré que convencerle —rebatí Kaede con aplomo—. Primero debo comer. ¿Te importa pedir que me preparen algo de comida? Y, por favor, tráeme un poco de té.

—Señora.

Shizuka hizo una reverencia ante la joven y salió. Mientras se alejaba, Kaede escuchó las tristes notas de una flauta que un músico invisible tocaba en el jardín situado a espaldas del templo. Ella creyó acordarse del intérprete, un joven monje, aunque no acertaba a recordar su nombre. Era él quien les había enseñado las famosas pinturas de Sesshu cuando visitaron el templo por primera vez. La melodía le hablaba a Kaede de lo inevitable de la pérdida y el sufrimiento. Mientras tanto, los árboles se mecían bajo el empuje del viento y las lechuzas comenzaban a ulular desde la montaña.

Shizuka regresó con el té y entregó un cuenco a Kaede. Ésta lo bebió como si lo probara por vez primera: en su lengua notaba el sabor de cada una de las gotas. Cuando la anciana que atendía a los huéspedes le ofreció arroz con verduras y salsa de judías, también experimentó la sensación de que nunca antes había probado comida alguna. En silencio, se asombraba de las nuevas sensaciones que estaban despertando en ella.

—El señor Arai desea hablar contigo antes de que acabe el día —le informó Shizuka—. Le he dicho que te encuentras indispuesta, pero ha insistido. Si no te sientes con fuerzas para enfrentarte a él, iré a hablarle de nuevo.

—No podemos tratar al señor Arai de manera semejante —replicó Kaede—. Si él me lo ordena, estoy obligada a obedecer.

—Está furioso —terció Shizuka en voz baja—. Se siente ofendido e indignado por la desaparición de Takeo, pues con ello perderá dos alianzas valiosísimas. Ahora se verá forzado a luchar contra los Otori sin contar con su apoyo. Arai abrigaba la esperanza de que Takeo y tú os unieseis en matrimonio cuanto antes...

—No quiero que hables de eso —objetó Kaede antes de teminar el arroz, colocar los palillos en la bandeja y hacer una reverencia en agradecimiento por la comida.

Shizuka suspiró.

—Arai no acaba de entender a la Tribu; desconoce su forma de actuar y las obligaciones que imponen a quienes les pertenecen.

—¿Es que Arai no sabía que tú eras miembro de la Tribu?

—Él siempre ha sabido que yo podía recabar información y transmitir mensajes. Se daba por satisfecho con utilizar mis habilidades para poder sellar la alianza con el señor Shigeru y la señora Maruyama. Arai había oído hablar de la Tribu; pero, como la mayoría de la gente, pensaba que era poco más que una hermandad. Quedó muy impresionado al descubrir que la Tribu tuvo que ver con la muerte de lida, de la que él mismo se benefició —Shizuka hizo una pausa, y después continuó en voz baja—: Ha perdido su confianza en mí. Creo que se pregunta cómo ha podido yacer conmigo tantas veces sin que yo le asesinara. Lo cierto es que ya no volveremos a estar juntos. Nuestra relación ha terminado.

—¿Le temes? ¿Te ha amenazado?

—Está furioso conmigo —respondió Shizuka—. Pienso que le he traicionado o, peor aún, que ha quedado en ridículo por mi culpa. Nunca me lo perdonará —la voz de Shizuka adquirió un tono de amargura—. Desde que apenas era una niña he sido su aliada más cercana, su amante,

su amiga... Le he dado dos hijos; pero él me habría enviado a la muerte sin dudarlo si no fuera por tu presencia.

—Mataré a cualquier hombre que intente hacerte daño —sentenció Kaede.

Shizuka sonrió.

—¡Qué aspecto tan fiero adquieres al pronunciar esas palabras!

—Los hombres mueren con facilidad —la voz de Kaede no denotaba emoción alguna—. Con el pinchazo de una aguja o la estocada de un cuchillo... Tú misma me lo enseñaste.

—Confío en que aún no hayas utilizado tales enseñanzas —respondió Shizuka—. Pero luchaste bien en Inuyama, y Takeo te debe la vida.

Kaede permaneció en silencio durante unos instantes. Entonces, con un hilo de voz, confesó:

—No sólo luché con el sable. Hay algo que no sabes. Shizuka atravesó a Kaede con sus pupilas.

—¿A qué te refieres? ¿Es que fuiste tú quien mató a lida? —susurró Shizuka.

Kaede asintió con un gesto.

—Takeo cortó la cabeza de lida... cuando ya estaba muerto. Yo hice lo que tú me enseñaste. lida iba a violarme. Shizuka sujetó con fuerza las manos de Kaede.

—¡Nunca cuentes a nadie lo sucedido! Ningún guerrero, ni siquiera Arai, te permitiría seguir con vida.

—No siento culpa ni remordimiento —aseguró Kaede—. Fue la menos infame de cuantas hazañas he realizado. No sólo me protegí a mí misma, sino que también vengué la muerte de muchos: la del señor Shigeru, la de mi pariente, la señora Maruyama, y la de su hija, y la muerte de otros inocentes a quienes lida torturó y asesinó.

—En todo caso, si la verdad llegara a conocerse, serías castigada por lo que hiciste. Si las mujeres empezaran a alzarse en armas con afán de venganza, los hombres pensarían que el mundo se está desmoronando.

—Mi propio mundo ya se ha desmoronado —intervino Kaede—. No obstante, debo ir a ver al señor Arai. Tráe-

me... —la muchacha se interrumpió y lanzó una carcajada—. Iba a pedirte que me trajeras algunas ropas, pero no poseo prenda alguna. ¡No tengo nada!

—Tienes un caballo —respondió Shizuka—. Takeo te ha dejado el caballo gris.

—¿Me ha dejado a *Raku*? —entonces, a Kaede se le dibujó una amplia sonrisa que le iluminó el rostro. Fijó la mirada en la distancia, y entonces sus ojos se tornaron oscuros y pensativos.

—¿Señora? —Shizuka puso la mano en el hombro de la joven.

—Péiname el cabello... y haz llegar un mensaje al señor Arai: iré a visitarle enseguida.

Cuando las mujeres abandonaron sus aposentos, ya había oscurecido por completo. Se dirigieron a las habitaciones principales de la posada, en las que se alojaban Arai y sus hombres. Desde el templo llegaba el resplandor de las luces, y en lo alto de la ladera, bajo los árboles, había hombres con antorchas encendidas que rodeaban la tumba de Shigeru. Incluso a estas horas, eran muchos los que venían a visitar su sepulcro trayendo consigo incienso y otras ofrendas. Colocaban linternas y velas sobre la tierra que rodeaba la lápida con la intención de obtener la ayuda del difunto, quien con el pasar de los días se iba convirtiendo para ellos en un dios.

“Shigeru duerme bajo una capa de fuego”, pensó Kaede, y rezó en silencio a su espíritu para que la guiase, mientras meditaba sobre lo que debía decir a Arai. Era la heredera de Shirakawa y de Maruyama, y sabía que Arai deseaba sellar una alianza con ella, tal vez un matrimonio que la vinculase al poder que el guerrero estaba acumulando progresivamente. Habían conversado en varias ocasiones durante la estancia de Kaede en Inuyama y una vez más a lo largo del viaje, aunque Arai había concentrado toda su atención en lograr el dominio de la campiña y en planificar sus estrategias futuras. No le había hablado de sus intenciones

a Kaede, tan sólo le había mencionado su deseo de que, por medio del matrimonio, ésta se uniese a los Otori. En el pasado —hacía ya una eternidad— Kaede había deseado ser algo más que un peón en manos de los guerreros que decidían su destino. En la actualidad, gracias a la fortaleza que la diosa Blanca le había otorgado, había reafirmado su decisión de asumir el control de su propia vida. “Necesito tiempo”, pensó. “No debo actuar con precipitación. Antes de tomar cualquier decisión, es necesario que acuda a mi casa”.

Uno de los hombres de Arai —Kaede recordaba que se llamaba Niwa— la recibió al borde de la veranda y la guió hasta el umbral de la puerta. Todas las contraventanas permanecían abiertas. Arai estaba sentado al fondo de la estancia, con tres de sus hombres a su lado. Niwa anunció la llegada de Kaede, y el señor de la guerra levantó la cabeza y volvió sus ojos hacia la muchacha. Durante unos instantes se observaron el uno al otro. Kaede le aguantó la mirada, y sintió en sus venas el pulso del poder. Entonces, cayó de rodillas e hizo una reverencia. No deseaba hacerla; pero se daba cuenta de que tenía que aparentar una actitud de sumisión.

Arai devolvió la reverencia, y ambos se incorporaron a la vez. Kaede notaba cómo Arai clavaba su mirada en ella. Levantó la cabeza y le miró tan fijamente como lo hacía él. Pero el guerrero fue incapaz de sostener la mirada de la joven. El corazón de ésta latía con fuerza a causa de su propia osadía. En el pasado, el hombre que tenía frente a ella le inspiraba confianza, pero ahora apreciaba que su rostro había cambiado. Las líneas que rodeaban la boca y los ojos de Arai eran más pronunciadas. Antaño era una persona sensible y justa; pero ahora estaba atrapado por sus intensas ansias de poder.

No lejos de la residencia de los padres de Kaede, el Shirakawa fluía a través de inmensas cuevas de piedra caliza, en las que el agua había moldeado la roca hasta formar numerosas columnas y formas. Cada año, cuando Kaede era

niña, acudía hasta allí con su familia para venerar a la diosa que habitaba en una de las figuras de roca, situada en la falda de la montaña. Daba la impresión de que la estatua gozaba de vida propia y se movía, como si el espíritu que la ocupaba intentase salir al exterior atravesando la capa de piedra. El pensamiento de Kaede volvió a ese manto de roca. ¿Y si el poder fuera como un río que convertía en piedra a cuantos nadaban en él?

El aspecto imponente de Arai y su fortaleza física hacían que la joven se desanimara, pues le traían a la memoria aquel momento en que se encontró indefensa en brazos de Iida. Meditaba Kaede sobre el poderío de los hombres, que podían forzar a las mujeres a su antojo. “No permitiré que hagan uso de su fuerza”, pensó. “Siempre llevaré un arma conmigo”. Kaede notó en su boca un sabor tan dulce como la fruta fresca y a la vez tan intenso como la sangre: era el sabor del poder. ¿Era éste el que llevaba a los hombres a combatir eternamente entre sí, a someterse y a destruirse unos a otros? ¿Por qué razón no podían las mujeres gozar de ese mismo poder?

Kaede buscaba en el cuerpo de Arai aquellos lugares donde la aguja y el cuchillo habían perforado a Iida, exponiéndole ante el mundo que él intentaba dominar y logrando que su sangre dejara de fluir. “No debo olvidarlo”, se dijo a sí misma. “Los hombres también pueden morir a manos de las mujeres. Yo he matado al hombre más poderoso de los Tres Países”.

Kaede había sido educada para complacer a los hombres, para someterse a su voluntad y a su inteligencia superior. El corazón de la muchacha latía con tanta fuerza que por un momento creyó que se iba a desmayar. Respiró hondo, tal y como Shizuka le había enseñado, y notó cómo la sangre que corría por sus venas se apaciguaba.

—Señor Arai, mañana partiré hacia Shirakawa. Os agradecería que me proporcionaseis hombres para mi escolta.

—Prefiero que permanezcas en el este —respondió Arai con voz calmada—. Pero no es ése el asunto que ahora

quiero tratar contigo —los ojos del guerero se contrajeron al mirar a la muchacha—. Hablemos de la desaparición de Otori. ¿Qué puedes decirme sobre este hecho insólito? Puedo afirmar que me he ganado el derecho a ejercer el poder. Ya había sellado una alianza con Shigeru. ¿Cómo es posible que el joven Otori haya hecho caso omiso de sus obligaciones para conmigo y para con su difunto padre? ¿Cómo ha podido desobedecer y marcharse, sin más? ¿Adónde ha ido? Mis hombres le han buscado por la comarca durante todo el día; han llegado incluso hasta Yamagata. Takeo se ha desvanecido por completo.

—Yo no sé dónde está —respondió Kaede.

—Me han dicho que anoche habló contigo antes de su partida.

—Sí —replicó escuetamente la muchacha.

—Tuvo que darte alguna explicación...

—Estaba comprometido por otras obligaciones —Kaede notaba cómo la congoja la atenazaba mientras pronunciaba estas palabras—. Él no tenía la intención de insultaros —lo cierto era que no recordaba que Takeo le hubiera hablado de Arai, pero no hizo mención alguna al respecto.

—¿Obligaciones para con la Tribu? —hasta entonces Arai había logrado controlar su ira, pero ahora ésta quedaba patente en su voz y en su mirada. Hizo un ligero gesto con la cabeza, y Kaede supuso que había vuelto su mirada hacia Shizuka, que permanecía arrodillada bajo las sombras de la veranda—. ¿Qué sabes de ellos?

—Muy poco —replicó Kaede—. Ayudaron a Takeo a escalar los muros de Inuyama, y por ello todos nosotros estamos en deuda con la Tribu.

Al mencionar el nombre de Takeo, la joven se estremeció. Recordaba el tacto de su cuerpo junto al suyo, en aquellos momentos en que estaban convencidos de que iban a morir. Sus ojos se oscurecieron y su rostro se suavizó. Arai notó este cambio en la expresión de Kaede, aunque no imaginaba a qué obedecía. Cuando el guerrero habló de nuevo, la muchacha apreció en su voz un nuevo matiz.

—Puedo concertar otro matrimonio para ti. Los Otori cuentan con otros jóvenes, primos de Shigeru. Enviaré mensajeros a Hagi.

—Estoy de luto por el señor Shigeru —respondió Kaede—. Ahora no es posible contemplar mi matrimonio con ningún otro. Iré a mi casa para intentar superar mi desdicha.

“¿Quién deseará casarse conmigo, conociendo mi reputación?”, se preguntó Kaede; pero, a continuación, pensó: “Takeo no murió”. La joven creía que Arai no cedería y, sin embargo, tras unos instantes, éste concedió su aprobación.

—Tal vez sea mejor que acudas junto a tu familia. Enviaré a buscarte cuando yo regrese a Inuyama. Entonces, hablaremos sobre tu matrimonio.

—¿Convertiréis Inuyama en vuestra capital?

—Sí, mi intención es reconstruir el castillo —bajo la luz parpadeante, el rostro de Arai se mostraba resuelto y amenazante. Kaede permaneció en silencio. El guerrero continuó bruscamente—: Volviendo a la Tribu... Yo desconocía su poderosa influencia. Lograron que Takeo renunciase a su matrimonio y a su herencia, y ahora le mantienen totalmente oculto. A decir verdad, no tenía ni idea de con quién estaba tratando —de nuevo, volvió la mirada hacia Shizuka.

“La matará”, pensó Kaede. “No se trata sólo de la furia que siente por la desobediencia de Takeo. Arai también se siente profundamente herido en su orgullo. Debe de sospechar que Shizuka le ha espiado durante años”. La muchacha se preguntaba qué habría sido del amor y el deseo que había existido entre ambos. ¿Cómo podía desaparecer de repente? ¿Es que tantos años de servicio, confianza y lealtad no habían servido de nada?

—Me encargaré personalmente de recabar información sobre la Tribu —continuó Arai, como si hablara para sí mismo—. Seguro que hay alguien que sabe de ellos y está dispuesto a hablar. No puedo permitir la existencia de una organización semejante. Minarán mi poder del mismo modo que las termitas logran acabar con la madera.

Kaede intervino entonces:

—Creo que fuisteis vos quien envió a Shizuka para cuidar de mí. Debo mi vida a su protección. Por otra parte, considero que os fui fiel en el castillo de los Noguchi. Existen fuertes vínculos entre nosotros que no deben romperse. Quienquiera que sea mi esposo, sellará una alianza con vos. Es mi deseo que Shizuka permanezca a mi servicio y que me acompañe a la casa de mis padres.

Entonces, Arai miró a Kaede, y de nuevo su mirada se topó con la frialdad de los ojos de ella.

—Apenas han pasado 15 meses desde que maté a un hombre por tu causa —recordó Arai—. Eras casi una niña. Has cambiado...

—Me he visto obligada a crecer —replicó la joven, esforzándose por no recordar sus ropas prestadas, su absoluta falta de pertenencias.

“Soy la heredera de un gran dominio”, se recordó a sí misma. Luego sostuvo la mirada de Arai hasta que éste, a regañadientes, inclinó la cabeza.

—De acuerdo. Dispondré que mis hombres te acompañen hasta Shirakawa... y puedes llevarte contigo a la mujer de los Muto.

—Señor Arai —sólo entonces Kaede bajó los ojos e hizo una reverencia.

El señor de la guerra llamó a Niwa con el fin de organizar los preparativos para el día siguiente, y Kaede se despidió, dirigiéndose a él con gran respeto. La joven tenía la sensación de que su encuentro con Arai había sido provechoso, por lo que no le importaba simular que era él quien ostentaba todo el poder.

Luego regresó a los aposentos de las mujeres, junto a Shizuka, y ambas permanecieron en silencio. La anciana encargada de los huéspedes ya había extendido los colchones. Ayudó a Shizuka a desvestir a Kaede y después trajo para ambas prendas de dormir. A continuación, se despidió hasta el día siguiente y se retiró a la habitación contigua.

El rostro de Shizuka estaba pálido y su actitud denotaba una humildad que la joven señora nunca había conocido. Puso la mano sobre el hombro de Kaede, y murmuró:

—Gracias.

No dijo nada más. Cuando ya las dos yacían bajo las mantas de algodón, mientras los mosquitos zumbaban por encima de sus cabezas y las polillas revoloteaban junto a las lámparas, Kaede notó junto a sí la rigidez del cuerpo de Shizuka, y sabía que ésta se esforzaba por superar su angustia. Sin embargo, no rompió a llorar.

Kaede alargó los brazos y estrechó con fuerza a su compañera, sin pronunciar palabra. Compartían el mismo sufrimiento, pero Kaede tampoco derramó ni una sola lágrima. No permitiría que nada debilitase el poder que estaba cobrando vida en su interior.